

Históricas Digital

Antonio de Ciudad Real

“De cómo el padre comisario prosiguió la visita y llegó a Calkini”

p. 348-353

Antonio de Ciudad Real

Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes

Tomo II

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreas (edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

484 p.

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2811-7 (tomo II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_02/tratado_curioso.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

pal, guardando muy bien los originales y no los osando fiar de nadie, hizo aposta un mensajero español, y envió con él al padre comisario los traslados de las dichas patentes y cédulas, y con ellas una carta original del mismo padre ministro general, en que hace mención de la patente sobre dicha y de la confirmación de su oficio. Salió este mensajero en una barca, con intento de llegar a La Habana, donde en lo de México se decía que estaba el padre comisario, y llegado al puerto de Campeche, y sabido que estaba en aquella provincia, partió para Mérida, a donde llegó a los veintuno de agosto, y le dio los dichos recados, con la carta sobredicha y otra de fray Pedro de Zárate, que trataba de las dichas cédulas; lo que cerca destas cédulas y patente pasó, y cuán de poco provecho fueron, adelante se dirá, que tiempo es ya de proseguir y concluir la visita de la provincia de Yucatán. Pero antes de salir de Mérida es bien que se sepa que cuando en Nueva España se supo la confirmación del oficio del padre comisario general, fray Alonso Ponce, luego fray Pedro de San Sebastián y sus consortes despacharon un fraile a Castilla a solicitar y negociar que se revocase, y díjose que para esto iba bien proveído, y que entre otras cosas llevaba dos grandes tejuelos de oro; puede ser que se lo levantaran, y así es de creer, porque si fuese verdad que echó por aquel camino, púedese temer que le sucederá lo que al custodio y a su compañero, y a fray Alonso de San Juan y al suyo.

[CAPÍTULO CXLIX]

De cómo el padre comisario prosiguió la visita y llegó a Calkiní

Martes veintitrés de agosto salió el padre comisario de Mérida, en prosecución de su visita, y andadas seis leguas de camino ancho y carretero, aunque muy lleno de charcos y lodos, llegó temprano a decir misa al pueblo y convento de San Francisco de Hunucmá, donde, con mucha música de flautas y trompetas y con algunos bailes y danzas, fue recibido de toda la gente que le estaba aguardando, puestos todos en procesión; acudieron luego con sus ofrendas de gallinas, huevos, iguanas, miel, frioles y pan de Castilla, así los indios de aquel pueblo, como los demás de la guardiánía, que todos son muy devotos y todos también son mayas. Es aquel pueblo de mediana vecindad, y cae cuatro leguas del puerto de Zizal, muy nombrado y sabido de los marineros y pilotos de aquella costa; las dos destas cuatro leguas son de una calzada que se hizo a manos en unas

lagunas y pantanos para llevar por ella, en carretas, las mercaderías a Mérida, porque antes a costas de indios se llevaban, con grandísimo trabajo y peligro. Allí en aquel puerto está hecha una torre y puesto un español por vela y atalaya para dar aviso a Mérida luego en descubriendo alguna vela; allí también hay grandes pesquerías, así de españoles como de indios, para el sustento de aquella cibdad y de otros pueblos, y allí junto hay unas salinas, de las cuales se saca gran cantidad de sal.

El convento de Hunacmá es una casita pequeña, sin claustro, hecha de cal y canto, de tres o cuatro celdas, en una de las cuales se guarda el santísimo sacramento; para los indios tienen ramada y capilla, como en los demás pueblos; la huerta es muy pequeña, sin árboles, con alguna hortaliza; riégase con el agua que saca una anoria que está dentro del convento; los indios tienen muchos pozos y está el agua en ellos muy somera, porque en toda aquella provincia hay este orden que Dios en ella puso, y es que cuanto más cerca de la mar abren los pozos tanto más presto y más somera hallan el agua, y cuanto más lejos los cavan más honda está, porque dicen que así como en otras partes van los ríos por encima de la tierra, así en aquella van por debajo, y que todos los pozos son ríos, los cuales, como van a dar a la mar, mientras más cerca della los abren más cerca hallan el agua; moraban en aquel convento dos frailes, visitólos el padre comisario, y detúvose con ellos aquel día y el siguiente.

Jueves veinticinco de agosto salió de Hunacmá tan de madrugada, que antes que el sol saliese tenía andadas tres leguas de camino muy pedregoso y llovido, y había llegado a un bonito pueblo, de la guardianía de Tahumán, llamado Tauxcum; saliéronle a recibir algunos indios y indias con un baile a su modo, porque no creyendo que llegara tan de mañana, aún no se habían juntado todos. Agradecióles el padre comisario su devoción y pasó adelante; y andada media legua de mejor camino, pasó por junto a otro pueblo de la mesmagu ardianía, llamado Kizil, y finalmente, andada otra media legua, llegó a decir misa al mismo pueblo y convento de Tahumán, donde, aunque los indios estaban algo descuidados, le hicieron muy buen recibimiento con muchas ramadas, música de flautas y trompetas, y dos o tres danzas, con toda la gente junta, puesta en procesión y vestida de fiesta. El pueblo es grande, de los mismos indios mayas, y de ellos son los demás de la guardianía; acudieron luego los principales de toda ella con presentes de gallinas, huevos, iguanas, melones y pan de Castilla. El convento, cuya vocación es de nuestro padre San Francisco, es una casita pequeña, sin claustro, de aposentos bajos, que aún no estaba acabada; hacíase una sala para el santísimo sacramento y para rezar y tenían los indios su ramada y capilla como en

los otros pueblos; moraban allí dos religiosos, visitólos el padre comisario y detúvose con ellos aquel día y el siguiente.

Sábado veintisiete de agosto salió el padre comisario de madrugada de Tahumán, y andadas cuatro leguas, no largas, llegó a decir misa a un pueblo pequeño de aquella guardianía, llamado Chocholá, donde fue muy bien recibido y se detuvo todo aquel día, no se atreviendo a pasar adelante temiendo el sol y agua de la tarde.

Domingo veintiocho de agosto salió de aquel pueblo poco después de media noche, y andadas seis leguas de buen camino llegó a decir misa al amanecer, poco antes que el sol saliese, a un buen pueblo llamado Maxcanú, de la guardianía de Calkiní, donde halló todo la gente junta y puesta en procesión con andas, cruces y algunas danzas y música de flautas y trompetas. A las dos leguas de aquellas seis está junto al camino una laguna, no muy grande pero muy honda, de las que llaman *yoca*, de agua dulce que cría bagres pequeños, y aun se hallan en ella y en sus alrededores algunos caimanes. Una legua más adelante está un rancho en que descansan los caminantes, especial los de a pie.

La gente de Maxcanú es muy devota de nuestros frailes y han pretendido tenerlos allí de asiento para ser de ellos doctrinados, y por ser solos, en que apenas hay quinientos tributarios, no se los han dado. Pidiéronlos al padre comisario con mucha instancia y eficacia de razones, presentándole una petición firmada de todos los principales, en que decían que aunque muchas veces habían pedido a los provinciales y comisarios que pasaban por allí que los diesen frailes y no se los habían dado, no por eso desistían de su intento, ni aflojaban en pedir aquello que deseaban, que por ventura sería él el que cumpliría sus deseos y determinaría aquella causa, que un padre querían que tuviese cargo dellos y les administrase los santos sacramentos, y que éste fuese de San Francisco (porque les parecía que el padre comisario tenía auctoridad sobre los de otras órdenes), porque ya estaban hechos a nuestros frailes, y no enfadados dellos, porque no tienen bolsas, y que si no les pudiese dar fraile, a lo menos les diese un hábito viejo que guardasen o un alpargate o sombrero, que ellos le guardarían, pero que admitiese sus ruegos y les diese fraile, que ellos le sustentarían y servirían y le harían casa, pues era razón que la tuviese teniendo los tigres en las cuevas y las avispas en los campos, y que confiaban mucho y creían que los había de consolar, que para esto le estaban aguardando días había. Agradecióles el padre comisario su devoción y el amor que mostraban tener a nuestros frailes, y el bien que pretendían para su pueblo, y dioles esperanzas de que si en la flota que se esperaba de Cas-

tilla viniesen frailes para aquella provincia, acudiría a su petición; pero éstos no vinieron y así no se pudo acudir.

Está aquel pueblo de Maxcanú fundado al pie de una cordillera de sierra poco alta, la cual es sola en aquella provincia en lo que de ordinario andan nuestros frailes, y extiéndose, según dicen, y llega hasta Guatemala.

No lejos de aquel pueblo, entre oriente y mediodía, hay muchos edificios antiguos, labrados de cal y canto, de bóvedas, aunque los más de muy viejos están arruinados y casi caídos. Entre éstos están enteros unos que en aquella lengua se llaman *zatunzat*, y en la castellana se podrían llamar labirintio, porque a ellos se entra por una puerta angosta, y dando muchas vueltas allá dentro, por muchos aposentillos unos debajo de otros, tornan a subir y pasar por otros tantos, y al fin salen por otra portezuela poco apartada de la otra por donde entraron, las cuales están en el frontispicio del edificio. Dicen los indios viejos que aquello era antiguamente cárcel en que echaban a los que habían cometido graves delitos, para que en ella se muriesen, como el pozo de Santorcaz allá en España. De otro edificio, que está no lejos deste, han quedado algunas bóvedas, y en las paredes de fuera tienen labradas de piedra unas cabezas de gigantes, con parte del pecho, y sus brazos y manos con manoplas, y abajo hay tendidas algunas piedras labradas de más de dos varas de largo, y de tres pies de ancho, y hay una puesta en pie, de casi un estado, en la cual está labrado y esculpido un hombre armado con su espada al lado; en todo lo que parece que en aquella tierra, antes que la conquistasen los españoles, hubo espadas y otras armas, o a lo menos noticia dellas, como también se sospecha que hubo noticia de caballos, pues cavando en la huerta del convento de Mérida se halló una piedra, en la cual estaba esculpida y como impresa una pata de caballo; y por memoria la hicieron poner los frailes, y está puesta en la pared de la misma huerta. Otros muchos edificios hay allí junto a éstos, y otros a la otra banda del pueblo, que por no cansar se dejan de decir. Allí en Maxcanú se detuvo el padre comisario todo aquel día y acudieron los indios con presentes de gallinas y melones, y otras frutas que le ofrecieron; beben los de aquel pueblo el agua de un pozo que sacan con anoria.

Lunes veintinueve de agosto salió muy de madrugada el padre comisario de aquel pueblo, y pasada la sierra sobredicha, y andadas tres leguas largas de buen camino, llegó ya salido el sol a un bonito pueblo llamado Becal de la misma guardianía de Calkiní. Tenían hechas muchas ramadas y salió todo el pueblo a recibirle con dos o tres danzas y música de flautas y trompetas; agradecióselo el padre comisario y pasó adelante, y andada legua y media llegó a otro pueblo de la misma guardianía lla-

mado Tipakam, donde se le hizo el mismo recibimiento, y en lo alto de una ramada tenían puesta una tarasca, la cual, extendiendo el cuello y abriendo la boca, daba grandes tenazadas, aunque en el aire. Dioles asimesmo las gracias el padre comisario y prosiguió su viaje, y andada otra media legua, llegó a decir misa al pueblo y convento de San Luis de Calkiní, donde había infinita gente, de la cual fue recibido con muchas ramadas y bailes de la tierra, y danzas de sonajas de Castilla con música también de flautas y trompetas. Acudieron luego los de aquel pueblo, y de los demás de la guardianía (que todos son indios mayas), con ofrendas de muchas gallinas y pollos. El pueblo es muy grande, el segundo en grandeza de los de aquella provincia, porque debajo de la campana del convento están juntos siete o ocho pueblos; toda es gente devota y doméstica. Tienen una anoria para todos, sin otros algunos pozos de que también se proveen de agua, la cual es muy gruesa.

El convento está acabado, con su claustro alto y bajo, dormitorio y celdas; el primer suelo es de bóveda, pero las celdas están enmaderadas por lo alto, con sus azuteas, y todo es pequeño aunque de cal y canto; tiene una buena huerta y en ella hay muchos naranjos, guayabos, aguacates y cocos, y se da alguna hortaliza y todo se riega con el agua que sacan con otra anoria. No tiene aquel convento iglesia, pero en su lugar hay pegada al un lienzo dél una capilla y ramada muy grande y vistosa; la capilla es muy alta y fuerte, labrada de cal y canto, y ciérrase con una bóveda llana de media naranja; en lo bajo del testero desta capilla están hechas otras tres capillas de bóveda que toman todo el ancho della, pegadas unas a otras, armadas sobre dos pilares de piedra delicados y curiosos, y debajo de cada una destas bóvedas hay un altar, y a estos tres altares se sale a decir misa de una sacristía baja, que tiene puerta a la misma capilla grande; sobre las tres capillas y bóvedas dellas está el altar mayor, algo alto, arrimado al mismo testero, y en él la custodia del santísimo sacramento, y al un lado el coro de los frailes, y queda mucho espacio y anchura para los ministros del altar. A este altar y coro se entra por el claustro alto del convento, y tiene este andén, o andamio alto, un antepecho de verjas, que toma todo el ancho de la capilla, claras y anchas para que no impida a los indios el ver misa desde abajo; tiene la capilla de ancho cuarenta y dos pies, y de largo hasta el arco total cincuenta y dos, y allí hay una reja de verjas altas, fuertes y bien labradas, que para seguridad se cierra de noche con su llave; para guarnición y fortaleza deste arco, viene pegada por lo alto dél otra bóveda, de once pies de ancho y de más de ciento setenta de largo, sin que intervenga en ella clavo ninguno ni sogá, cosa por cierto de grande admiración; y así, echada bien la cuen-

ta, hay desde el testero de la capilla hasta el fin de la ramada, doscientos y treinta y tres pies, y con ser tan larga y ancha como dicho es, cuando llega un día de pascua se hinche toda, porque es mucha la gente de aquella guardianía; está aquella capilla y ramaça en un buen patio, cercado de naranjos y aguacates, que tiene cuatro capillas, en cada esquina la suya, y todo con el convento está situado sobre un *ku* o *mul* de los antiguos. Moraban en aquel convento tres frailes, visitólos el padre comisario y detúvose con ellos aquel día y el siguiente.

[CAPÍTULO CL]

De cómo el padre comisario llegó a Campeche, y de el convento de Xequelchakán, y del de Tixchel y de la Chontalpa

Miércoles treinta y uno de agosto salió el padre comisario de madrugada de Calkiní, y andada una legua de razonable camino, aunque algo lodoso, llegó a un bonito pueblo de aquella guardianía, llamado Citbalché, donde le estaban aguardando los indios con muchas ramadas y dos danzas y música de flautas y trompetas; agradecióselo y pasó adelante, y andadas dos leguas largas de camino más enjunto, llegó al amanecer a otro pueblo de la guardianía de Xequelchakán, llamado Tixpokboc, donde fue recibido tan bien como en Citbalché y aún mejor; pasó adelante, después de haberles dado las gracias, y andadas otras dos leguas de camino muy lodoso llegó temprano a decir misa al mismo pueblo y convento de Xequelchakán, donde asimesmo se le hizo muy buen recibimiento; acudieron luego los indios con ofrendas de gallinas, iguanas y melones. Es aquel pueblo de mediana vecindad y está fundado en unas sabanas y llanos, no lejos de unas serrezuelas que tiene a la banda del sur. Los indios de aquel pueblo, y de los demás de la guardianía, son mayas algo serranos y montaraces, y dicen los viejos que se llama aquel lugar Xequelchakán por la razón siguiente: dicen que en tiempos antiguos aportaron a aquella costa, hacia el Río de Lagartos, setenta moros en una nao que debiera de haber corrido gran tormenta, y que entre éstos iba uno a quien los demás obedecían y respetaban, al cual llamaban Xequé, que en lengua morisca quiere decir el señor o el principal, y que teniendo los indios compasión dellos, los albergaron y hospedaron bien, y que ellos por señas les rogaron que los encaminasen para poder salir de aquella tierra y volver a la suya; los indios les dieron guías, avisando los caciques de unos pueblos a los de